

El Entreacto.

PERIODICO DE TEATROS,

LITERATURA, ARTES Y MODAS.

Brillantes han sido las funciones con que el Excmo. Ayuntamiento de esta capital ha celebrado la venida del duque de la Victoria. Aunque la premura del tiempo no le permitió disponerlas con el desahogo indispensable que requieren los grandes preparativos que tenia proyectados, nada nos han dejado que desear.

El día primero del corriente se verificó por la tarde en la espaciosa plaza de toros una lucida funcion ecuestre, en la cual trabajaron á porfia el señor Paul y demas individuos de la compañía; nada aventuramos en decir que agradó al público en extremo, y particularmente las evoluciones de los ocho lanceros, uno de cuyos gefes, el señor Paul, ostentó su gallardía en el arrogante caballo que con tanta destreza sabe manejar.

Por la noche se representó en el teatro del Príncipe adornado con la mayor elegancia la comedia del inmortal Lope de Vega *Amantes y Zelosos*. Se bailó la nueva *Jota Valenciana*, y dió fin el espectáculo con una improvisacion en un acto de Breton de los Herreros, titulada *La Ponchada*, cuyas alusiones, si hemos de hablar imparcialmente, desagradaron en alto grado á los espectadores. La concurrencia fue escogida, y apenas se presentó el Duque de la Victoria, el señor Ferrero Montaos primer alcalde constitucional le cedió la presidencia: en las delanteras de los palcos se leían los nombres de las principales acciones militares del general en gefe, y en el de la reina, esta inscripcion colocada debajo de su retrato: 1.º de setiembre de 1840.

El día 2 se obsequió al ilustre caudillo del ejército con una espléndida comida de cien cubiertos, disponiéndose tambien en el hermoso paseo del Prado, bailes de máscaras, que presentaron, como siempre aquel caracter animado y alegre, que en medio de las mayores desgracias nunca abandona á los españoles: y el tercer día, ayer, debia haber una gran corrida de toros que por el temporal no pudo verificarse; por la noche se puso en escena, por los individuos de la com-

pañía lírica la ópera *El barbero de Sevilla*.

Nada hemos apuntado acerca del recibimiento que mereció el general Espartero de esta poblacion y de sus autoridades municipales, porque los periódicos políticos lo han hecho ya: solo diremos, que desde el día de su entrada hasta el presente, las calles y sitios principales de Madrid, como la *Plaza Mayor*, *Puerta del Sol*, *el Prado*, *calle de Alcalá*, *Carretas*, *Mayor*, *carrera de san Gerónimo &c.* presentan pintorescas perspectivas con sus magníficas colgaduras, columnas, guirnaldas, trofeos y vistosas iluminaciones.

TEATRO DEL PRINCIPE.

LAS DOS HERMANAS, (1) comedia en dos actos.

Un comerciante de Cadiz muy rico y que como otros muchos habia principiado con poquísimos recursos, tenia dos hijas, de las cuales una, la mayor, habia sido educada al lado de sus padres modestamente, mientras la otra enviada á un colegio de Francia trajo á su vuelta el *buen tono* y los modales que la moda y la imitacion han consagrado en cierta sociedad. Como era de esperar el comerciante y su muger, buenas gentes en el fondo, pero vanidosos y amigos de brillar se hicieron unos decididos admiradores de su hija segunda y quisieron á su edad adoptar todos los usos y costumbres que ella les señalaba como inseparables de la elegancia. La llegada á Cadiz de un conde que deseaba ser diputado á cortes y que para ello se declaró pretendiente de la hija menor, aumentó el humo de sus proyectos ambiciosos y trataron á toda costa de proporcionarse un yerno titulo é individuo del congreso nacional. Para ello usó el buen comerciante de toda su influencia entre los electores sin temor de contradecir la

Se halla de venta en Madrid en la libreria de Boix, calle de Carreta, número 8.

opinión que Lasta allí había profesado; y para asegurarse el apoyo de otro comerciante, hombre de prestigio, trató de casar su hija mayor con el hijo de éste. Mas ella estaba enamorada de Leandro dependiente de la casa de su padre y protegía sus amores Portal, asociado del comerciante ambicioso.

Con estos datos ha formado el autor su acción interesante al par que cómica y cuyo resultado, después de varias escenas bastante bien preparadas en que el asociado Portal despliega una brusca sensibilidad y una característica sensatez, es el que la hija mayor se casa con su amante y la menor con el conde que sin duda logrará ser diputado á cortés.

Matilde Díez ha desempeñado el papel de la hija mayor con aquella sensibilidad y gracia que forman uno de los sobresalientes dotes de esta actriz. La Llorente y Fabiani han presentado la maestría del matrimonio mas bien mal avenido y petulante que imaginarse puede, con toda la naturalidad que se necesitaba. Guzman en el papel de Portal ha estado inimitable y los aplausos del público han manifestado mas de una vez en cuanto estima su talento dramático.

Todos los demas papeles son insignificantes, sin que por eso deba omitirse que los actores encargados de ellos han contribuido por su parte al buen desempeño de la comedia.

Son tantas las novedades que segun dicen, prepara la empresa, que por temor de equivocarnos dejamos de citar las que primero deben presentarse al público; pero de todos modos es seguro que nos espera un invierno abundante en novedades teatrales.

Chismografía madrileña.

UNA COFRADIA.

Hubo un tiempo en que cada clase de la sociedad se contenía en el círculo que la inmemorial costumbre la prescribía, y hasta cierto punto puede asegurarse que esto contribuyó á la felicidad de que gozaron los hombres, en algunos periodos de los siglos transcurridos desde los primeros momentos de nuestra pretendida civilización. El duque y el marques se limitaban á la buena administración de sus estados y mejor distribución de sus rentas sin pretensiones de tomar parte en el arreglo de los negocios de política, para los que se requiere otra instrucción de la que ellos generalmente reciben. El empleado

estaba exento de la ambición de distinguirse por mediotál vez poco honestos para derribar á sus compañeros y trepar sin temor de Dios á la encumbrada silla ministerial; y el artesano circunscrito á dar impulso á las obras y esplendor á la industria, no se veía animado de otros deseos ni codiciaba los bienes del alto aristócrata, los entorchados del áulico, ni la poltrona del oficinista. Así parece que hubo como he dicho una época, casi feliz, pero que no podré señalar con seguridad, porque la historia que me ha comunicado esta noticia, tiene en fuerza del moho por el poco uso pegadas algunas hojas que sin duda comprenderán las fechas que yo apeteciera y con que no puedo por hoy complacer á mis lectores.

El afán de figurar ha sido no obstante asunto de todas las épocas, de suerte que en la de que tratamos si bien ocupado cada cual en sus cotidianas tareas, se esperaba con impaciencia la función del santo patrono, la festividad del Corpus, la dolorosa conmemoración de semana santa, las letanias por el buen temporal, y los votos de villa. Entonces era el ver en las procesiones las engrifadas, tremendas y espolvoreadas pelucas, el bordado casacon, el calzon holgado, la media ajustada, y por aderezo de la gala, grande alfiler en la chorrera, sortijas de tumbaga, dos relojes encerrados bajo mas llaves que un reo de estado, con máquina, guardapolvo, caja, sobrecaja y polonesa de concha, con dos largas y bien eslabonadas cadenas de acero; y en los inferiores remos, charreteras y hebillas de metal, plata y oro.

La rigurosa costumbre vedaba cuanto tendiese á parecer en la sociedad en diferente gerarquía que la debida al destino, por manera que al simple menestral no le era dado ostentar todo aquel aparato sino cuando ocupado en servicio religioso, asistía, en honra de Dios, á las procesiones públicas, atrayendo sobre si las miradas ávidas de los que codiciaban su posición y el inmenso tesoro de espirituales gracias, que su devota acción le proporcionaba con levantar el estandarte, suspender la borla del pendon, abrir calle con el cetro, ó distiarse con un *dominó cardenalicio* al que siendo hábito honraron con el nombre de *saco*.

Perdurables y eternos cuentos de viejas y narrativas históricas de los anticuados cofrades me tenían al corriente de estos sucesos, á los cuales adiciónaba yo, volviendo por el honor del siglo XIX en que he nacido, el *rápido y legal progreso* que en materias de trages y sociedad advertimos, supuesto á que en ambos casos, podrá confundirse el magnate con su zapa-

tero que se mira admitido y reverenciado sin mancha alguna en teatros, bailes y liceos.

Esto supuesto pasaba yo mi vida satisfaciendo la curiosidad con refinada *figonería*, en las minervas, honras, viáticos y toda clase de procesiones, pero sin que jamás me ocurriese la idea de asistir á ellas como cofrade, ni colgar de mi cuello medallas, bolsas ni escapularios.

Transcurrían los días y las horas, cuando los males que nunca huelgan y la muerte que sobre ellos ejecuta movimientos de *mecánica sorpresa, combinacion y destreza* escamoteando sus víctimas, se acordó de que en mi casa podía hallar algo en que ocuparse, y efectivamente empezó a bordear la existencia de uno de mis principales deudos, hasta el extremo de postarle en cama y dejarle enredado entre médicos, boticarios y caseras aplicaciones de reparos estóposos, sinapismos, calas y cantáridas.

La enfermedad seguía el camino y se hallaba próxima á conducir al paciente á las puertas de su última posada cuando refrescando la imaginacion con los fatales deberes que iban como buen cristiano á caer sobre mí, no pude menos de estremecerme. Temía á la parroquia, porque de temer es en estos lances, y temía á los curas, que de temer son, cuando dejando su espiritual ministerio se constituyen en tratantes al pormenor, con el regateo de sus entierros y sus minutas tan minuciosas como las de un sastre.

Una mañana en que desesperanzado distribuía la herencia para cuando llegase el caso del fallecimiento, entró en mi cuarto á saber del enfermo un vecino llamado don Celedonio Mangueta, hombre de buen vivir y tan general cofrade que estoy por apostar que no existe sacramental, archicofradia, ni hermandad, chica ó grande, en que no dance mi buen amigo, que tiene repartida una parte considerable de su caudal, ó por mejor decir impuesta para recibir los réditos despues de sus dias en lutos, sufragios, funerales, clamoreo de campanas y alquiler de perpétua habitacion en un privilegiado cementerio.

Conformidad, vecino, conformidad, me dijo, y tras estas palabras me encajó el Dios lo dispone, la hora estaria llegada, si ha de estar pensando mas vale que el Señor se le lleve y los demas consuelos que acostumbra á prodigarse en vecindad.

—Yo, continuó, vengo á ilustrar á vd. en el asunto que le ocupa y á enseñarle el medio de zafarse de una gran parte de cargas, y diciendo sacó unos libros, ordenanzas, varios impresos y listas mediante las cuales me aseguré de que por una mó-

dica retribucion podia siendo cofrade de la que el me propuso, dejarme morir cuando quisiese y sin temor de que mis pobres huesos sirviesen de baluarte á los derechos parroquiales ó anduviesen, hallándome indigente, rodando de la cama á la manta, de la manta á la parihuela, y de esta al foso grande, al gran monton donde ni mis parientes tuviesen el consuelo de señalar la tierra que cubriese mis cenizas.

—Cuénteme vd. en el número de los hermanos, amigo don Celedonio, supuestas las ventajas y á la conocida especulacion que atrae hacia sí tantas personas de categoria como figuran en el catálogo general.

—Corriente, y para que no haya dificultad firmará vd. un memorialito y despues del juramento hará entrega de su cuota. —Como vd. guste. —Y al siguiente dia estaba todo practicado y yo admitido en el gremio de los *fieles esclavos*.

Milagro del cielo, destreza del médico ó descuido del boticario, sacaron adelante al enfermo, pero yo estaba ya *asegurado de muertos*, y á fé que de nada tenia que arrepentirme, examinada la notable economía que resultaria cuando necesitase el prometido auxilio.

Pocos dias despues recibí una esquela de aviso para asistir á la primera junta general, de las que se celebraban despues de mi nueva dignidad, y para no incurrir acaso en falta, acudí á la hora citada aunque en valde porque algo mas de otra tardaron en empezarse á reunir mis cohermanos, miembros y vocales de aquella asamblea.

Entré en la sala adornada de santos, escaparates, tablas de oficios, listas de memorias, y en un rincon cajas de muerto, blandoncillos y tumba. Sentéme en un banco de nogal colocado en forma de circo y sellado en su testero ó respaldo con la acostumbrada S y su atrevesado clavo, cuando á poco rato y mientras se abría la sesion se acomodó junto á mí un hombre decentemente vestido aunque con ninguna elegancia.

—Compañero, me dijo con aguardentosa voz, que sea enhorabuena, me alegró de ver á vd. en la *cofradria*. —Allá vá esa, dije para mí. —Esto ya no es lo que era en otros tiempos, prosiguió: si vd. lo hubiera conocido.... Se comenzaba el año con la razon de los gastos del tesorero, *interventos* por el *contaor de cuentas*, y saliendo bien, como siempre salian, pagaban entre los dos un almuerzo de un huebo y dos magras para cada *endivido*, con tienda abierta por lo que hace al vino. Llegaba despues la *juncion de védicos* y

en ella se escotaba por los mayordomos de fiestas otro almuerzo, á el que se agregaban diez duros cuando menos que se daban para las ánimas por llevar las bolsas de corporales que se sacaban á *públicas y bastas*. ¿Pues y la fiesta de la *minerva*? ¡qué refresco! Dos arrobas de lo tinto y por lo menos otras tantas de lo blanco: seis docenas de chorizos: cuatro frascos de aguardiente: una cazuela de arroz con pájaros para la caja de oficiales: y por la tarde doce azumbres de agua-miel y aloja. En fin, compañero mio, en todas las ocasiones se celebraba en grande, y así es que nunca estaban las ánimas tan *abandonadas* como ahora.

A este punto llegaba mi informante cuando una campanilla llamando al orden nos hizo conocer que la sesión empezaba. Pronunciáronse algunas oraciones de costumbre y en seguida anunció el presidente que se iba á dar principio á la elección de oficios para el siguiente año. Efectivamente así se practicó con aplauso de los unos y gruñimiento de los otros, cuando llegó el nombramiento á los mayordomos de cera. Aquí te quiero escopeta.—El señor Agustín, dijo un cofrade, no puede ser mayordomo de cera porque....—¿Por qué? replicó el interesado... soy tan hombre de bien como el primero...—Yo no le digo á V. S. eso.—Es verdad.—Es mentira.—¿Yo embustero? Si miento yo, miente el sol.—Orden, señores, orden, ó como hermano mayor hago echar á todos á la calle.—V. S. no es ni mas ni menos que los demas.—Yo mando aquí, y calle V. S.—No quiero. Y á todo esto los unos se reían, y otros asustados se levantaban des-pavoridos queriendo ganar la puerta interceptada por el mullidor. El presidente voceaba otra vez y otras ciento, al orden, al orden; alguno pedía que constase en el acta; varios que se les diese testimonio y no faltó quien empuñando el bastoncillo ó cetro quiso hacerse obedecer *moral y físicamente*.

A semejante gazapina me puse en pie pidiendo la palabra á grandes gritos, y como me vieron novel en aquel salón guardaron un momento de silencio con el cual logré hacerme entender y calmar en algún modo los ánimos, contribuyendo á la buena elección del señor Agustín á quien reconcilié con su opositor sirviéndome de grande satisfacción el verlos marchar unidos á refrescar en la inmediata taberna.

Concluyóse la junta, mas tarde de lo que yo hubiera deseado, y con la cabeza tan atonada como la que pudiera sacar en un día de tinieblas, me retiré á mi casa con la promesa de no volver á otra semejante reunión, ni de mezclarme en candi-

daturas, votaciones y defensas, ni acordarme de que soy tal cofrade sino para alabar á Dios, recoger los numerosos beneficios espirituales concedidos á *nos* con este motivo, y reclamar á su tiempo las asistencias correspondientes, para sustraerme de la exigente parroquia y de las fatales consecuencias que experimenta una familia, cuando poseída de la miseria tan fecunda en estos tiempos, pierde alguno de sus miembros.

El Fisgon.

JUANA EL PAGE.

Novela marina de 1640

PRIMERA PARTE.

Juana, hija de Roberto Breton, fué embarcada con la plaza de page y bajo el nombre de Juan Roberto, sobrino de este marino, contra maestre abordo de la fragata de gerra *Le Cog*, que cruzaba en las costas de Cadiz. Pasó los primeros días de navegación encerrada en el camarote de su padre, á pretesto de enfermedad, pero no tardó Roberto en conocer que debía presentar su pretendido sobrino al Capitan.

—«Es preciso, hija mia, salir á luz y que te vea el señor de Puerta-Negra, la dijo con cariño. Ven pues conmigo á popa, y cuidado con representar bien tu papel: es un hombre severo, pero de buen corazón: me aprecia, y aunque te turbes delante de él, no tengas miedo, será indulgente. Sin embargo, trata de aparecer resuelta como un muchacho.

—«¡Ah! Yo haré cuanto pueda, respondió Juana.

El capitan saboreaba su pipa, cuando el contra maestre Roberto con el sombrero en la mano, llamó á la puerta de la cámara pronunciando su nombre. Acudió un page, saludó con respeto al contra maestre, y volvió á entrar para anunciar su visita al capitan.

—«Que entre, con mil diablos, dijo este en tono de buen humor; que entre mi leal compatriota Roberto; y supuesto que hoy es domingo, page, acerca un frasco de vino de España para que el contra maestre beba á mi salud...

El page presentó el frasco detallado, llenó de vino dos grandes vasos labrados de cristal de roca, y ofreció uno al capitan y otro al contra maestre. Roberto esperó á que el señor Puerta-Negra le invitase á gustar aquel sabroso licor que brillaba al traves de los caprichosos adornos del vaso, como un topacio puro coronado

de hermosas perlas blancas, cuando refleja el oro de la piedra preciosa.

—«A tu salud. Roberto, mi buen Roberto: ¡ah! y a la de tu familia, porque creo eres casado.

—«Lo he sido, capitán, pero...

—«Entonces he dicho una tontería que debes perdonarme; ignoraba que fueses viudo. Ea, olvidemos esto bebiendo..... Ahora que me acuerdo ¿está ya bueno tu sobrino?

—«Sí, capitán, gracias á Dios: algo débil todavía, pero poco á poco irá reparando sus fuerzas. Justamente he venido para tener el gusto de presentarlo á V. pues acaba de subir á cubierta por primera vez.

—«Me alegro, hombre: vete á buscarle; tu sobrino es para mí el hijo de un amigo.

Diciendo estas palabras el señor Puerta-Negra tendió la mano al contramaestre, que la estrechó entre las suyas, saliendo en seguida de la cámara para llamar á Juana que estaba no muy lejos esperando la entrevista.

—«Ya ha llegado el momento, Juana, la dijo á media voz.

—«¡Virgen Santísima, tened piedad de mí! murmuró Juana temblando.

—«Vamos, saluda al capitán Puerta-Negra, continuó levantando el tono Roberto Breton. Ya te tengo dicho, que aunque llegues á cumplir ochenta años en esta fragata, no encontrarás entre todos los oficiales de marina, uno que se parezca al que tienes delante.

—«Ya empiezas á adularme, Roberto? Pero... por el arcángel san Miguel que era lindo rapaz, según cuentan, he aquí otro, que se las puede apostar en hermosura: algo delicado parece, y no sé como se avendrán esas manos tan blancas, cuando haya que tomar una faja de rizos bajo un tiempo duro: yo creo que esos cabellitos rubios tan rizados, esos ojuelos azules tan espresivos, y esas graciosas mejillas, cuadrarían mejor al paje de una gran señora, que al que por precisión tendrá que llenar sus funciones en la fragata *Le-Cog*. Con todo, ya lo compondremos: cuidale bien, y que no se encargue de ninguna faena pesada, hasta que haya recobrado las fuerzas.

—Mil gracias, capitán, respondió Juana inclinándose.

—«¿Qué diablos! ¿Tienes miedo? Vaya una voz débil. ¿Eres acaso alguna señorita mimada?

Roberto se puso pálido al oír esto, pero Juana tuvo bastante presencia de ánimo para disimular su turbación: por fin habló el contramaestre.

—«Es tan tímido, capitán! Figúrese vd. siempre metido entre mugeres, y en el campo, mientras la guerra llamaba á las armas á los hombres de los dos partidos: así no es extraño que un hombre como vd. capitán...

—«¿Cómo yo? Le habrás dicho por ventura que soy peor que Lucifer. No temas, Juan, prosiguió Puerta-Negra acercándose al paje y tocándole suavemente la mejilla; solo para los hombres soy algo severo; en cuanto á los muchachos, tu tío tiene buen cuidado de que sean dóciles y sumisos: por lo demás, yo no soy insensible; he tenido hijos, y todos se han muerto; su recuerdo me arranca lágrimas, y sobre todo el de mi querida Margarita, tan rubia y tan blanca como tú...

El capitán se limpió los ojos. Juana disimulaba sus temores cuanto podía, aunque su corazón palpitaba; Roberto estaba descontento, por lo que, deseando cortar una conversacion que podia acabar en un lance serio, cogió al paje de la mano, y lo sacó de la cámara, dejando al capitán arreglar sus recuerdos con el frasco de vino de España: Roberto se detuvo un momento en la antecámara y dió á su sobrina estas instrucciones.

Voy á dejarte entregada á tí misma: irás á reunirme con los otros pajes, tus compañeros; pero cuidado con hacerte traición á tí misma: trata de sostener con naturalidad el perpétuo engaño á que estás condenada; y si algun peligro te amenaza, si abrigas el menor recelo, corre á mí, ven á mis brazos, pobre ángel en medio de tantos diablos, y verás que el puerto formado por los dos brazos de Roberto, es un seguro asilo para proteger á una muger. Juana, si el capitán que te miraba con tanta atención no ha sospechado tu sexo, nadie lo sospechará, y así depon todo temor.

Roberto, se equivocaba: apenas se presentó en el castillo de Proa, cuando fue conocida por un hombre.

Abordo del *Cog* se hallaba de guardiamarina un joven libertino, gran perseguidor de muchachas y célebre por sus amorosas empresas: era pariente de Mr. de Brezé el almirante y se llamaba Mr. de Lorjois. Un año hacia que pasando por una calle de la Rochelle vió fresca y risueña á una joven beldad, que cosía inmediata á una ventana, y cantaba con voz suave y pura una canción que, entonces estaba en voga entre los calvinistas: se apasionó de ella al momento, é hizo propósito de no ausentarse sin volverla á ver. En vano se afaná: al día siguiente había desaparecido la encantadora joven, sin que pudiese averiguar otra

cosa, sino que allí, donde él la vió, vivía un marinero. Pensó entonces que la cosa no tenía remedio y trató de consolarse: en efecto, se distrajo con otros amores, y ya casi se había borrado de su imaginación la hermosa de la Rochelle, cuando al aparecer Juana sobre el castillo de Proa, Mr. Lorjois arrojó un grito de sorpresa, que hizo estremecer al fingido paje y á Roberto.

Lorjois espió al paje con cuidado, le miró con atención, le habló, y quedó convencido de que no se engañaba. El viejo Puerta-Negra había podido muy bien tragar todo cuanto el contraamaestre le dijo: era un hombre que ya no olfateaba la caza, pero el guardia-marina estaba acostumbrado á sorprender las inocentes avencillas que encontraba al paso. ¡Pobre Juana! Demasiado pronto te conocí.

Dos ó tres días pasaron, el cazador espiando su presa, Juana afectando las maneras y juegos de los otros pages, y Roberto velando sobre ambos. El Cog había ya observado la bahía de Cadiz y remontaba las costas de España para reunirse á la escuadra, cuyo almirante esperaba con impaciencia sus noticias. Los vientos contrariaban su derrota de modo que aun podían contar con diez ó doce días mas de navegación; tiempo sobrado á Mr. de Lorjois para conquistar una muger, persuadirla y lograrla. Una tarde que Juana estaba sentada en la toldilla, mientras Roberto daba algunas órdenes en el entrepuente, el guardia-marina se acercó á ella muy quedito, y sentándose á su lado, la dijo.

—«Paje, amigo mio, vamos claros, tu eres una muger y es inútil que pretendas engañarme, porque te conozco: eres la misma que hace un año vi en la Rochelle; entonces cosías y cantabas, ahora estas triste... ¿Porqué? Mira, yo te adoro desde entonces y quiero que seas mia... Calla: vas á hablarme de Roberto Breton: ¿eres su muger ó su querida? tanto mejor. Nosotros los caballeros tenemos pocos escrúpulos, cuando se trata de robar una muger á su marido, ó una querida á su amante. Amame pues, hermosa mia, y cuando toquemos tierra te llevaré á París á Saint-Germain, ó á la Corte.

—«Caballero, vd. está loco sin duda, le respondió Juana esforzándose para reírse: me gusta la idea! ¡Equivocar á Juanillo, paje de nuestro Roberto con una muger!... ¡Ja!... ¡ja!... ¿No sabe vd. que el contraamaestre es mi tío?

—«El contraamaestre puede ser tu tío, tu amante ó tu marido: pero tú eres una muger y tal vez ignoras el castigo que le espera por haberte traído á bordo disfra-

zada. Su honor y su vida estan entre mis manos; en cuanto yo hable, se queda sin grado y confundido entre los últimos marineros y... quien sabe si mi pariente el almirante, á solicitud mia, lo destinará á una galera, en la cual tendrá que remar con un grillete, la cabeza rapada y muerto de hambre? En ti consiste, amame.

—«Oh que infame propuesta! ¿Y es vd. capaz de tal perfidia? ¿y pretende vd. por la violencia obligar á que una infeliz muger falte á todos sus deberes? Pues bien, sí, soy una muger, pero el honor de Roberto y el mio no ceden á una indigna amenaza; medios tenemos para sustraernos de semejante vileza. Pronuncie vd. una palabra mas, y corro á arrojarle á los pies del comandante, á confesarle todo, y á pedirle protección contra vd.

—«Cuántas mugeres me han hablado así, angel mio! Pero tu te ablandarás, como todas. Esta noche, cuando Roberto esté de cuarto, iré á tu camarote á pedirte gracia, y la obtendré ¿no es verdad? Sobre todo, ni una palabra á Roberto, ó eres perdida.

Mr. Larjois bajó de la toldilla silvando, y dejó á Juana llena de sobresalto y de dolor. A pocos momentos Roberto subió de la batería, Juana enjugó sus lágrimas, pero no pudo disimular tan bien su inquietud, que el contraamaestre no lo advirtiese. ¿Has visto á Mr. Lorjois por aquí? la preguntó, tengo que darle parte de que estau prontos los víveres para el rancho de mañana. ¿No estaba hace poco aquí, sobre la toldilla?

—«Sí, aquí estuvo, me habló... respondió Juana.

—«Basta; no le perderé de vista.

Por la noche Juana bajó al camarote de orden de Roberto: quiso encerrarse, pero su tío había quitado la llave.

POESIA.

À UNA NIÑA.

Niña de cuerpo gentil,
La de los ojitos bellos,
La de los negros cabellos,
Vales un tesoro y mil.
Si yo tesoros tuviera
Te los diera,
Por admirar la blancura
Y hermosura
De tus dientes de marfil.

Brilla puro en el crisol
De tu boquita de grana

De clavelina temprana
El perfumado arrebol.
Y es, oh niña, tu inocencia
Pura esencia,
Que para dicha del suelo
Te dió el cielo,
Como sus luces el sol.

Ya llegarás al Eden
Que la esperanza te ofrece;
Mas ay! la esperanza crece
Entre ilusiones tambien.
Y escucharás de los hombres
Dulces nombres,
Y rendirás á su ruego
Tu sosiego,
Y se agostará tu sien.

¿Por qué no guardas en paz,
Niña hermosa tus albores?
Ah! Quiera Dios que no llores
Ese contento falaz.
Que entre rosas purpurinas
Hay espinas,
Y ha de llegar el momento
Que en tormento
Se convierta tu solaz.

Y entonces has de sentir
Cual atropellan tu mente
Recuerdos de lo presente,
Deseos del porvenir.
¡Y ajarán fieras desgracias
Esas gracias!...
¡Y serás del hombre necio
Vil desprecio!...
Niña mas vale morir.

¿Dónde tu gloria y placer?
¿Dónde el brillo de tus ojos?
¿Por breves horas de antojos,
Un eterno padecer!
Si ha de llegar ese día,
Vida mia,
Si ha de llegar para tí,
Niña di,
De qué te sirvió nacer?

Nacer... Morir... del hombre es el destino,
El principio y el fin de la hermosura,
Que apenas de la vida en el camino,
La copa del dolor misera apura.
Y al morir, de qué sirve el dulce ruego?
De qué, los labios que el placer gustaron,
Y los ojos bellísimos de fuego
Que tantos corazones inflamaron?
¿De qué sirve nacer, si vendrá un día
En que morir nuestra sentencia sea,
Y se verá nuestra maldad impía
Al resplandor de funeraria tea?
¿De qué sirven festines y comparsas?
¿De qué sirven de amor locos empeños?
El día llegará que tantas farsas
Falsa muerte nos convierta en sueños.
Gocemos dice el hombre en su locura,

Y no vé que la muerte se aproxima;
Gocemos, grita, amores y ventura
Y la muerte no ve que tiene encima.

Yano hay gozar, porque á morir nos llaman,
Que la muerte del hombre es el destino;
Y mueren tristes los que alegres aman,
Apenas del amor en el camino.

Guarda, oh niña, tus encantos,
Puros, cual aura de abril,
Que gozarlos no merece
Un mundo tan infeliz.

Esos ojitos de amores,
Esa cintura sutil,
De tu boca la sonrisa,
De tus labios el carmin,
Diciendo estan á mi pecho
Que eres, niña, un serafin
¿Para qué bajaste al suelo?
¿Para llorar y sufrir
Dolores que á tu belleza
Prepara ya al hombre vil?

¿Para gozar breves horas,
En el báquico festin,
Lo que se llama gozar,
Lo que se llama reir?
¿Para soñar una gloria?
¿Para llorar un deslíz?
¿Para vivir maldiciendo
Entre tormentos sin fin?
Si esta es la vida, si el mundo
En su ciego frenesí,
Para luego escarnecerte,
Quiere primero extinguir
El resplandor de tus ojos,
De tus labios el carmin,

Guarda, oh niña, tus encantos
Puros, cual aura de abril,
Que gozarlos no merece
Un mundo tan infeliz.

J. M. de Andueza.

EL JUEGO.

El juego es una especie de sucesión abierta á todo el mundo. El otro día heredaron unos catalanes á un madrileño que jamas hubiera pensado en dejarles la cosa mas minima en su testamento.

El sacanete es una especie de república mal organizada donde todo el mundo es igual: allí no hay consideracion alguna: el último de los hombres con el dinero en la mano, toma el rango que su carta le designa, y al lado de un conde ó de un duque.

Y no solo se destierra de estos sitios privilegiados el respeto y consideracion, sino toda clase de sentimientos de huma-

nidad y de compasion: alli se endurecen de tal modo los corazones, se hacen tan desapiadados, que el dolor y la miseria, lejos de causar compasion alguna, hacen la alegría y opulencia del otro.

Los griegos se reunian para ver combatir los atletas; es decir, para ver como se mataban hombres con hombres, y á este horrible espectáculo llamaban juegos. ¿Que barbarie! ¿Pero somos nosotros menos bárbaros? No llamamos tambien juego á esas reuniones, donde para usar de la expresion de los jugadores mismos, solo van á degollarse unos á otros.

Un dia entró un viagero inopinadamente en una de estas casas; y quedó extrañamente admirado del espectáculo que se le presentaba. Era un hombre natural de Siam: pónganse nuestros lectores en el lugar de un Siames supersticioso, y que no tiene conocimiento alguno de nuestros modos de jugar, y tendran que convenir en que la idea que concibió, por abstracta y visionaria que parezca, tiene, no obstante alguna relacion con la verdad: he aquí los mismos términos de una carta que escribió á su pais, sobre la materia.

«*Fragmento de una carta de un Siames, acerca de los juegos.* Dicen los españoles que adoran á un solo Dios, yo no lo creo, porque ademas de las divinidades vivas á las que se les ve todos los dias ofrecer votos, tienen otros muchos inanimados, á los que hacen grandes sacrificios como he observado varias veces en sus reuniones, donde he entrado por casualidad.

«En ellas se ve un grande altar de figura oblonga, adornado con un tapete verde, iluminado con muchas luces, y rodeado de gente sentada como nosotros lo estamos en nuestros sacrificios domésticos.

«En el momento que yo entré en aquel templo, una de las personas que estaban alli, que seria sin duda el sacrificador, estendió en el altar las hojas arrancadas de un librito que tenia en la mano: en estas hojas habia representadas algunas figuras muy mal pintadas, pero que, no obstante debian ser las imágenes de algunas divinidades; porque conforme las iba estendiendo, ponía encima de ellas una ofrenda cada uno de los asistentes segun su devocion, y sea dicho de paso, observé que estas ofrendas eran mucho mas considerables que las que hacen en sus templos particulares.

Despues de la ceremonia de que he hablado, el sacrificador dirije su mano trémula á lo restante del libro, y permanece algun tiempo sobrecogido de temor y sin accion, todos los demas permane-

cen suspensos é inmóviles, atendiendo á lo que vá á hacer. En seguida, á cada hoja que vuelve, estos asistentes inmóviles se agitan cada cual de distinto modo, segun el espíritu que se apodera de ellos; uno elevando sus manos al cielo prorrumpe en exclamaciones de alabanza, otro elava los ojos en su imagen rechinando los dientes: cual se muerde los dedos; cual pateo el suelo: todos, en fin, hacen posturas y contorsiones tan extraordinarias que no parecen hombres: pero apenas el sacrificador ha vuelto cierta hoja cuando el mismo se enfurece, desgarrá el libro, y le devora de rabia, arruina el altar, y maldice el sacrificio, no se oyen mas que quejas y gemidos, que gritos é imprecaciones: al verlos tan arrebatados y furiosos, creí que el Dios á quien adoran es muy celoso y que para castigarlos por los sacrificios que rinden á otros, envia á cada uno un demonio que se apodere de su cuerpo.»

He aquí el juicio que puede formar un Siames sobre los arrebatos de los jugadores, juicio á la verdad nada exagerado.

ANUNCIOS.

DETALLES HISTORICOS

DEL

CELEBRE PRONUNCIAMIENTO

DE MADRID,

EL 1.º DE SETIEMBRE DE 1840.

Secundado por las demas provincias del Reino.

De esta interesante obra va publicado el cuaderno 1.º, el 2.º se espenderá mañana 5 del actual, el 3.º en toda la semana entrante y los sucesivos á que dé lugar hasta la instalacion definitiva del gobierno que es llamado á formar el invicto duque de la Victoria y de Morella, guardarán el mismo intervalo que los dos publicados hasta ahora.

Se hallará en Madrid á 4 rs. en la libreria de Boix calle de Carretas, número 8; y 5 en las provincias franco de porte.

EL FOSFORERO.

Cancion popular madrileña, puesta en música por J. Espin. Adornada con una linda estampa por don Justo María Velasco. —Se hallará venal á 6 rs. en el Liceo artistico y literario, en la libreria Europea y en los almacenes de música de Lore y Carrafa.

EDITOR: DON IGNACIO BOIX.